

Dinero y política: el efecto Jeffords

Eduardo Engel*

Durante siglos el tratamiento más común de una serie de enfermedades consistió en hacer sangrar al paciente, con objeto de extraerle las toxinas y 'humores' supuestamente responsables de su mal.

La ausencia de bondades terapéuticas de este tratamiento, conocido como 'sangría', quedó de manifiesto luego de un experimento realizado por un médico parisino, Pierre Louis, en 1836. Este aplicó uno de dos tratamientos a una serie de enfermos con neumonía. A algunos los sometió a la clásica sangría, a otros los trató en forma menos agresiva. La mortandad entre quienes recibieron la sangría resultó ser mucho mayor.

Un aspecto clave del experimento fue haber asignado el tratamiento que recibió cada enfermo al azar. Si el Dr. Louis hubiera aplicado la sangría a los pacientes de mayor edad, y el tratamiento menos agresivo a los pacientes más jóvenes, no podría haber concluido que la sangría era nociva, ya que la mayor mortandad entre los pacientes con sangría podía deberse a que personas de mayor edad son más propensas a morir de una neumonía, independiente del tratamiento que reciban.

El experimento del Dr. Louis fue precursor de los 'ensayos clínicos aleatorios' que se popularizaron a partir de 1970 para evaluar la efectividad de tratamientos médicos. Estos experimentos funcionan como sigue: Se desea determinar la efectividad de una nueva terapia. A algunos enfermos se les aplica el nuevo tratamiento, a otros la terapia tradicional (o ninguna terapia), la asignación de pacientes a tratamientos se hace al azar. Luego se compara, con medidas objetivas, cómo le

fue a ambos grupos de pacientes y se concluye cuál terapia es mejor.

¡Cuánto más fácil sería zanjar las discusiones que se dan día a día en la arena política, sobre la efectividad de diversas políticas públicas, si se contara con algo similar a 'ensayos clínicos aleatorios'!

Aun cuando dichos ensayos no existen en las ciencias sociales, ya que las políticas se deciden mediante complejos procesos de participación ciudadana y no al azar, a veces el ingenio de un investigador logra detectar situaciones que se asemejan a dichos experimentos.

Un ejemplo reciente permite avanzar en nuestra comprensión del polémico tema de la relación entre el dinero y la política.

Todo comenzó el 24 de mayo de 2001, cuando el senador Jim Jeffords anunció que abandonaba las filas del Partido Republicano, con lo cual el control del Senado de los Estados Unidos pasó del Partido Republicano al Partido Demócrata.

Un trabajo reciente de Seema Jayachandran, joven economista de la Universidad de Harvard, analiza el impacto que tuvo el inesperado cambio en el control del Senado de los Estados Unidos sobre el precio de las acciones de las 500 empresas con mayor capitalización de mercado en dicho país. Aprovechando la información pública que existe en los Estados Unidos sobre las donaciones de empresas a partidos, la autora estudia si hubo alguna relación entre dichas donaciones y cambios en los precios accionarios.

La defección de Jeffords sirve para realizar algo que se asemeja a un 'ensayo clínico aleatorio', dividiendo a las empresas en dos grupos (las que financian al Partido Republicano y las que no lo financian) para luego determinar si el 'tratamiento' (pérdida del control del Senado por parte de los republicanos) afectó de manera diferente a ambos grupos.

La autora encuentra que el valor de mercado de las empresas que financiaron al Partido Republicano tuvo una caída importante. Concretamente, por cada dólar donado al Partido Republicano durante el período 1999-2000, el valor de la em-

presa donante cayó en más de 1.700 dólares luego del cambio en el control del Senado. En cambio, el precio de las acciones de las restantes empresas no varió mayormente.

Las diferencias encontradas por Jayachandran la llevan a titular su trabajo “El efecto Jeffords”.

Sin embargo, en el experimento anterior la asignación de empresas a ambos grupos no fue al azar, por lo cual hay dos interpretaciones posibles para los resultados del trabajo.

Una primera interpretación es que los donantes compran favores de los políticos que financian. Una segunda interpretación es que la agenda del Partido Republicano es intrínsecamente favorable a las empresas donantes, por lo cual éstas se verían beneficiadas aún si no financiaran al partido. Distinguir entre ambas interpretaciones es importante, ya que sólo la primera sugiere tráfico de influencias, lo cual es ilegal en la mayoría de los países.

Para determinar cuál interpretación es correcta, la autora nota que la agenda de un partido puede privilegiar sectores determinados pero no empresas específicas dentro de un sector. Así, por ejemplo, es perfectamente posible que la agenda del Partido Republicano sea más favorable al sector eléctrico que la agenda del Partido Demócrata, pero cuesta creer que la agenda partidaria favorezca a algunas empresas dentro de ese sector por sobre otras.

Basada en la observación anterior, Jayachandran vuelve a la carga, esta vez analizando cada sector productivo por separado, encontrando el ‘efecto Jeffords’ al interior de los sectores productivos. Más aún, la magnitud del ‘efecto Jeffords’ al interior de los sectores productivos es casi idéntica a la magnitud detectada inicialmente.

Conclusión: el trabajo de Jayachandran documenta, con evidencia mucho más convincente que aquella de estudios anteriores, que existe una relación que va desde financiamiento electoral hacia favores otorgados por los políticos beneficia-

dos.

***Eduardo Engel es Profesor Titular de Economía de la Universidad de Yale.**